

na gana hubiera oportunamente arrojado del país al santo con fuerzas del ejército ó «héchole desaparecer secretamente,» según más tarde lo aseguró repetidas veces á Nachtigal. Pero el bizarro jeque Omar, llevado de sus generosos sentimientos y de su piedad —añade Nachtigal— no quiso ni siquiera oír hablar de que se ejerciera violencia sobre un morabito ni de que se impidiera á un peregrino cumplir sus sagrados deberes, consolándose con la densidad de la población de su país y esperando paciente-mente á que regresara el fakir, que no se había dignado ofrecerle sus respetos según era costumbre. No se mostró tan impasible con él el entonces soberano baghirmio, cuyo territorio estaba asolado y despoblado á consecuencia de largos años de luchas intestinas y extranjerías, y á cuyas fronteras se aproximaba amenazador el hombre divino seguido de imponentes masas que habían tenido notable aumento en Bornú. Cuando la peregrinación hubo llegado al Chari, el rey Abd el Kader comisionó á algunos de sus más ilustres dignatarios para que saludaran al jefe de los peregrinos y le suplicaran respetuosamente que siguiera su camino á lo largo de aquel caudaloso río. El reino de Baghirmi era demasiado pequeño para poder soportar sin fatales consecuencias una emigración como la que en Bornú había tenido lugar. El monarca prometía al propio tiempo á Ibrahim enviarle los presentes que le eran debidos, asegurándole que serían dignos de una persona tan piadosa como él; pero el fakir contestó que él no se cuidaba de los reyes sino que seguía el camino que Dios le señalaba y que para nada necesitaba sus regalos. Y en efecto, pasó el río y muy pronto se le agregó un considerable número de baghirmios que abandonaron los patrios lares para ir á la conquista del paraíso. Abd el Kader se dirigió todavía amistosamente al fakir, pero habiendo recibido por segunda vez de éste una respuesta grosera, decidió arrojar por la violencia de su reino á aquel hombre altivo y á este fin salió al encuentro al frente de sus ejércitos; pero era tan grande el miedo que aquel hombre de Dios inspiraba aún á los mismos soldados del rey, que éstos se sintieron de antemano moralmente vencidos por la fuerza milagrosa del fakir y por la cólera divina. Y realmente el encuentro fué funesto para los baghirmios, pereciendo en él el rey, sus dos hijos, algunos de sus principales funcionarios y una buena parte de sus tropas. La peregrinación, á pesar de esta victoria, prosiguió su camino remontando el Chari, como había deseado Abd el Kader, pero á medida que aumentaba su contingente perdía en cohesión, se debilitaba y se veía expuesta al hambre, á la miseria y á los ataques, hasta el punto de que el fakir hubo de apelar á las más severas y enérgicas medidas para mantener la moral y la disciplina en sus numerosas huestes. Los castigos crueles, las ejecuciones y sobre todo la miseria acabaron, sin embargo, por contrarrestar el entusiasmo religioso: la peregrinación fué perdiendo adeptos, que regresaban á su patria y de los cuales algunos centenares sucumbieron á la venganza de Mahomed. La traidora matanza de algunos centenares de árabes que regresaban de la peregrinación valió á Mahomed el nombre de Abu Sekkín, que significa «padre del cuchillo.» A pesar de todo, la peregrinación compuesta de tan heterogéneos elementos siguió avanzando hacia el Sud y el Este hasta llegar al territorio de los paganos búas, quienes dieron muerte al fakir. A consecuencia de este suceso quedó disuelta aquella colosal caravana, pues si bien los peregrinos eligieron un sucesor al fakir difunto, viendo el nuevo jefe el mal éxito de sus esfuerzos emprendió á su vez el regreso á su patria, pereciendo sus acompañantes víctimas de las asechanzas é intrigas de Abu Sekkín. Muchos expedi-

cionarios fueron asesinados, algunos intentaron volver á sus hogares, otros procuraron atravesar el Wadai para encontrar el camino de la Meca y no pocos acabaron por abrazar las ideas de éstos.

CAPÍTULO VI

ÁRABES Y PUEBLOS DE PROCEDENCIA ÁRABE EN NUBIA Y EN EL SUDÁN

«El tema propio, único y más profundo de la historia humana es siempre el conflicto entre la irreligión y la fe.»

GOETHE.

Traje.—Adornos.—Armamento.—Vivendas.—Ganadería y nomadismo.—Origen de los animales domésticos del Este de África.—Agricultura en el Snd de Arabia y en Nubia.—Alimentación.—Industria.—Castas de industriales en la Arabia del Sud.—Industrias nubias.—Los árabes como navegantes y como comerciantes.—El comercio nubio.—Los *seribes*.—Carácter y cualidades intelectuales.—Condición de la mujer.—La familia.—Poligamia.—La tribu y el Estado.—Retrosceso político.

El traje del árabe nómada en tan sencillo y apropiado al modo de ser de éste, que desde hace mucho tiempo apenas ha podido sufrir la más ligera modificación. Entre los árabes del Centro y del Norte la más extremada sencillez en el vestir no ha rebajado en lo más mínimo el valor y la consideración del hombre. Mahoma y su sucesor Omar despreciaban todos los adornos y el primero remendaba por sí mismo sus sandalias. Los elementos de ese traje son: una larga camisa blanca ceñida al cuerpo por un basto cinturón de cuero, la capa parda ó listada de blanco y negro á la que en los fríos países del Norte se agrega la chaqueta de piel de oveja, el turbante blanco ó de abigarrados colores, el chal ó capilla de seda ó de algodón de una vara cuadrada con franjas diagonales en los dos costados: esta prenda se coloca en la cabeza con la punta del triángulo echada hacia atrás y está sostenida por una cuerda negra hecha con cabellos ó con cordones que da dos vueltas sobre la frente y cae hasta la nuca. Este sistema de cubrirse la cabeza es altamente cómodo y práctico: la cuerda arrollada sobre las sienes preserva de las insolaciones y los extremos del chal pueden caer sobre el rostro protegiendo de esta suerte los ojos. Entre los nubios reduce el traje á la capa, que en forma de pañuelo grande de algodón se arrolla al cuerpo. Las sandalias cuyas correas se atan por delante y pasan por entre los dos primeros dedos del pie vienen, al parecer, siendo las mismas desde muy antiguos tiempos: las de los nubios están hechas de una sola pieza de cuero. Más sencillo es todavía el traje de las mujeres compuesto únicamente de una ancha y larga camisa azul cuyas holgadas mangas de dos metros de longitud hacen las veces de abrigo para la cabeza, de capa y de túnica: las ricas llevan además una especie de capa. Un pañuelo tapa la parte inferior del rostro de las mujeres. El traje de los árabes sedentarios del Sud es muy diferente del que acabamos de describir y consiste, en las cercanías de Sanaa, por ejemplo, en una camisa azul con largas y anchas mangas cuyos extremos se atan por detrás en la nuca, quedando por ende los brazos libres, un delantal blanco puesto encima de la camisa y una venda azul en la cabeza. Esto en cuanto á los hombres; por lo que toca á las mujeres llevan calzones y camisa con listas de distintos colores y un pañuelo puesto en la cabeza á modo de cofia sobre el cual suelen colocarse un sombrero de paja de anchas alas: el velo no se usa entre ellas. Hacia la cálida costa el traje

de los hombres queda reducido al delantal y sólo los ricos se ponen una chaqueta estrecha.

Los adornos que suelen llevar los hombres consisten casi exclusivamente en un cuerno de macho cabrío lleno de alguna sustancia aromática, especialmente almizcle de cocodrilo, que se ponen en el antebrazo izquierdo junto con unas pinzas de hierro para extraer las espinas y una pequeña bolsa con versículos del Alcorán: las mujeres llevan, además, en las orejas y en la nariz (véase el grabado de la pág. 201) aros de plata y algunas aunque pocas veces de oro, brazaletes y broches de plata en los tobillos y muy á menudo campanitas y corales en los extremos de sus trenzas (véase el grabado de la pág. 203). Las sortijas de plata con ó sin cornalina, una cuerda con pedazos de cornalina pulida en ella ensartados puesta á modo de cinturón, y las cadenas de cuentas de cristal ó de ámbar indican que los nubios figuran en el número de los pueblos africanos que más se adornan. La estima en que son tenidas ciertas piedras preciosas, como las ágatas negras con aguas blancas, denominadas por los nubios *sommit*, que se llevan con preferencia en el cuello, parece ser hija de la influencia egipcia.

Como peinado encontramos entre los beduinos los bucles ó las trenzas caídas sobre las sienes. Los hombres suelen también llevar la cabellera suelta. Las mujeres se tatan las manos, los pies, el rostro y el pecho, los hombres únicamente las manos; aquéllas se pintan de negro los bordes de los ojos, de azul el labio inferior y de carmín las mejillas. Es costumbre general entre los árabes y los nubios untarse el cuerpo con grasa. Para que el tocado sea completo péinanse su abundante cabellera sobre la cual echan á manera de polvos una manteca blanca y brillante preparada de un modo especial: á medida que el día avanza esta grasa se derrite y entonces el cabello aparece sembrado de gotas como de rocío, hasta que éstas van desapareciendo poco á poco, y al deslizarse por la nuca y por los hombros comunican á la oscura piel un brillo que da á esas esculturales figuras el aspecto de antiguas estatuas de bronce (Lepsius). Los hombres llevan, además, en la cabeza una larga aguja, ó una cerda de puerco espín, ó un palito de madera ó de hueso que se clava en el cabello (véase el grabado de la pág. 69 del tomo I). Las mujeres se hacen unas trenzas muy delgadas.

El árabe va armado de espada corta y recta ó puñal, de la lanza á que hace ya referencia la Biblia, y del largo fusil de pedernal con incrustaciones de latón llevando la pólvora necesaria en un cuerno de carnero. De estas armas la principal es indisputablemente la lanza, que no ha podido ser, hasta el presente, derrotada en el interior de Arabia por el fusil de mecha: el pobre beduíno que viaja á pie, lleva consigo dos lanzas, una corta y otra larga. El arco, la azagaya y el escudo han desaparecido en la actualidad á consecuencia de la importación de las armas de fuego. El casco y la coraza se usan todavía entre las tribus que habitan al Este del Jordán: el primero consiste en una ligera gorra de hierro (*kub'ah*) terminada en punta y en una chapita delgada para proteger la nariz; la segunda en una pesada túnica con mangas de espesas mallas que llega hasta debajo de la rodilla. Las armas son para los árabes adornos y al propio tiempo distintivos de la categoría del que las lleva; por esto los comerciantes extranjeros y otros «no nobles» no pueden usar en Yambo el puñal de los beduinos so pena de verse insultados; tampoco les es dado llevar la toga del beduíno sino la camisa común del fellah. Nuestros coleccionadores conocen y aprecian las armas árabes de adorno y de lujo que revelan la influencia persa

é india. En la Arabia meridional son muy comunes las incrustaciones de plata. En opinión de Maltzán nada sienta tan bien sobre el cuerpo negro como los adornos de plata de las armas, los dos cuernos para la pólvora, la bolsa para las balas, la bandolera con incrustaciones de plata, la vaina de plata en forma de herradura, el puñal y el puño de plata de la espada. Raro es el nubio que va desarmado. Lepsius en su cuadro del desierto de Konosko nos hace un retrato exacto y lleno de vida del nubio: «Los guías que delante de nosotros caminaban, llevaban sencillos paños arrollados sobre los hombros y sobre las caderas, oprimían con su mano una ó dos lanzas de madera recia, aunque ligera con la punta y el extremo del asta de hierro, y ostentaban sobre sus desnudas espaldas unos escudos redondos ó ligeramente escotados con un ombligo de piel de girafa muy saliente.» En esta descripción solo se olvida Lepsius de la espada (véase el grabado de la pág. 205), que forma también parte del armamento: este mandoble largo y recto, generalmente de hoja de Solingen metido en una vaina de cuero rojo, se lleva colgado al hombro ó al brazo por medio de correas cortas; algunas veces, cuando es demasiado largo, se lleva simplemente en la mano. En los reinos independientes que existían en Nubia antes de que este país fuera sometido por el bajá de Egipto, había, en el Sudán central por ejemplo, tropas armadas al estilo árabe (véase el grabado de la pág. 208).

Las viviendas dependen, como se comprenderá, del género de vida de los que hayan de habitarlas: los nómadas pobres y errantes alérganse en chozas de materiales ligeros (ramujos, paja) construidas de cualquier modo; las de los fugaces habitantes de los territorios bajos del Eufrates son de una sencillez extremada y consisten en ramas de tamarisco cubiertas de lona. Otros nómadas viven en tiendas de campaña. En cambio los sedentarios edifican sus casas con ladrillos de barro al igual que los fellahs de Egipto; pero la destrucción de las chozas de barro á consecuencia de ataques enemigos, la costumbre de no volver á pisar las viviendas una vez abandonadas, el empobrecimiento del suelo y las plagas de hormigas blancas han sido causa de que aun entre ellos prevalecieran las cabañas frágiles. Al presente constituye una excepción la casa nubia que describe Lepsius en los siguientes términos: «Rodéanos un espacio grande y cuadrado cada uno de cuyos lados tiene una longitud de 30 pies y cuyas paredes están construidas con piedra y tierra; dos troncos gruesos y ahorquillados en su parte superior sostienen un arquitebre sobre el cual descansan otros troncos que forman el techo y están cubiertos con esteras ó entrelazados. Estas construcciones me recordaron una arquitectura primitiva, cuya imitación habíamos visto en las grutas practicadas en las rocas de Beni Hassan y con la cual tenían muchos puntos de semejanza las columnas y el techo entrelazado con una abertura cuadrada en el centro, por donde penetraba la única luz que con la de la puerta (pues no tenían ventanas) iluminaba el interior de estas viviendas. La puerta se componía de cuatro troncos cortos, de los cuales el de la parte superior parecía mucho al umbral de los sepulcros del tiempo de las pirámides.» De todas las formas de chozas frágiles las más generalizadas son las llamadas *schokabes*, que, como las tiendas de campaña, pueden desmontarse y cargarse en camellos: sus paredes se componen de verguetas entrelazadas á modo de estera y pueden arrollarse fácilmente; estas esteras van clavadas á unas estacas: completa esta construcción una percha colocada oblicuamente sobre la cual se tiende un paño negro de pelo de cabra de manera que forme un techo que resguarde del sol y de la lluvia. Los *feriges* (gru-